

CAPÍTULO NOVENO

Legislatura de 1819-1820.—Estado de los ánimos. 13 de febrero; asesinato del duque de Berry; su muerte. Efecto producido por este acontecimiento. Sesión de la Cámara; actitud de los diputados. M. Clausel de Coussergues propone el procesamiento de Decazes. Mensaje al rey. Decazes y Luis XVIII. Consejo en las Tullerías. Presentación de una nueva ley electoral y de otras dos leyes para la suspensión de la libertad de imprenta y de la libertad individual.—Irritación de los realistas; amenazas contra Decazes. Entrevista del Sr. de Vitrolles con el conde de Artois; el duque y la duquesa de Angulema visitan a Luis XVIII y le piden la destitución de Decazes; resistencia del rey; la destitución es acordada. Separación de Luis XVIII y Decazes.—Nuevo ministerio; el Sr. de Richelieu otra vez presidente del Consejo, y el Sr. Simeón ministro del Interior.—Discusión de la ley sobre la suspensión de la libertad individual. Aprobación de la ley. Discusión del proyecto de suspensión de la libertad de imprenta; aprobación del proyecto.—Ley electoral. El ministerio retira la ley de Decazes y la substituye por un nuevo proyecto redactado de acuerdo con los realistas; tumulto en la Cámara motivado por la presentación de dicho proyecto. Escisión en la mayoría ministerial. Discusión general. Primeros disturbios en la plaza de Luis XV. Muerte del joven Lallemand. Sesión del 5 de junio. Atropellos contra los diputados de la izquierda. Nuevos trastornos. Motín disuelto por la lluvia. Sesión del 6 de junio; incidentes tumultuosos. Tentativa de transacción. Continuación de los disturbios. Sesión del día 10. Votación de la ley electoral. Destituciones. Principios de reacción. Proceso de Louvel; su sentencia de muerte y su ejecución. Fin de la legislatura.

Dos meses y medio después de la reapertura de las Cámaras, éstas y el público esperaban todavía las proposiciones de ley destinadas á introducir en la ley de 5 de febrero y en ciertos artículos de la Carta las modificaciones anunciadas por el discurso de la corona. Decazes no podía llegar á redactar una ley electoral. Resuelto á poner término á las ventajas cada día más manifiestas que obtenían los liberales en las elecciones y á impedir que obtuviesen la mayoría en la Cámara; obligado para esto á pedir auxilio á los realistas y á dar, por lo mismo, satisfacción á sus exigencias, el primer ministro no quería armar, sin embargo, á sus peligrosos auxiliares de un poder de que luego podían servirse contra él. Colocado así entre dos peligros, adelantando con mucha dificultad, modificaba cada día su trabajo. Mientras tanto las peticiones en favor de la ley de 5 de febrero se cubrían de firmas hasta en las más ignoradas aldeas, produciendo entre la clase media de todos los departamentos una efervescencia y una agitación que los periódicos realistas aumentaban con las lisonjas ó los ultrajes que prodigaban cada mañana al primer ministro, según que los rumores propalados la víspera sobre la obra ministerial eran favorables ó contrarios á sus pretensiones. En todas partes no se oían más que quejas ó amenazas; se anunciaban golpes de Estado y violencias contra los hombres de ambos partidos, cuando llegó el 13 de febrero.

Aquel día, que era domingo, había, contra la costumbre, función en el teatro de la Opera. Se ponían en escena *El Ruiseñor*, *Las Bodas de Camacho* y un baile titulado *El Carnaval de Venecia*. El duque y la duquesa de Berry asistían á la representación. Cerca de las once, después del primer acto del baile, la duquesa manifestó deseos de retirarse. El príncipe la acompañó hasta la puerta. Al llegar junto al coche, que esperaba en la calle de Rameau, el duque dió la mano á la princesa para ayudarla á subir al carruaje, le dijo que no tardaría en retirarse y se volvió para entrar nuevamente en el teatro. En aquel momento un hombre se abalanzó, pasando rápidamente entre el centinela de guardia á la puerta y el Sr. de Clermont-Lodève, gentilhombre de servicio; asió con fuerza al duque de Berry por el hombro

izquierdo, y levantando el brazo por encima del hombro derecho del príncipe, le hundió en el pecho un instrumento agudo que penetró hasta el mango. De pronto, los circustantes y el mismo príncipe no vieron en el movimiento del desconocido más que un empujón de algún curioso indiscreto. ¡Cuidado!, le había dicho, empujándolo, el Sr. de Choiseul, ayudante del sobrino del rey; pero en seguida éste palideció, vaciló y cayó en brazos del Sr. de Menars, exclamando: ¡*Mé han asesinado; aquí está el puñal!* Efectivamente, acababa de retirar el arma de la herida y la tenía en la mano; era una especie de punzón, de siete ú ocho pulgadas de largo, muy afilado y groseramente adaptado á un mango de boj.

Al grito del príncipe, la duquesa saltó del coche y, á pesar de la sangre que, brotando de la herida, le llenaba el vestido, se esforzaba en sostener á su esposo. Transportaron inmediatamente el herido al salón inmediato al palco real, donde se le prodigaron los primeros cuidados, mientras llegaban hasta él los aplausos que las bailarinas arrancaban al público y los acordes de la orquesta. De los dos mil espectadores reunidos en aquel teatro que no había de volverse á abrir jamás (1), ni uno solo se enteró del asesinato. Terminó el baile y cada espectador se retiró sin haber sospechado que mientras se entregaba al encanto de una música alegre y á las distracciones de un espectáculo que representaba la loca embriaguez del Carnaval, la muerte acababa de entrar en el mismo recinto, y, separada del público por el delgado tabique de un palco, hería al príncipe que, momentos antes, lleno de vida y en plena juventud, gozaba también de aquel espectáculo.

En la imposibilidad de conducir al herido á las Tullerías, le prepararon una cama en la administración del teatro. Hecha la primera cura, los cirujanos tuvieron un momento de esperanza; mas no el duque, que dijo á uno de ellos: «Agradezco vuestros cuidados, pero no prolongarán mi existencia: mi herida es mortal.» Mien-

(1) Este teatro, que estaba situado en la calle de Richelieu, delante de la Biblioteca, fué demolido. Se acordó edificar en su solar una capilla expiatoria, que apenas estaba empezada cuando las obras fueron destruidas por la Revolución de julio.

tras tanto había llegado la noticia á las Tullerías, y el conde de Artois, acompañado del duque y de la duquesa de Angulema, corrió al lado de su hijo. Tras de ellos acudieron los ministros, los grandes oficiales de la corona y varios generales. Decazes se había adelantado á todos y sometía entonces el asesino á un primer interrogatorio.

Este hombre, después de haber herido al duque de Berry, huyó perseguido por los gritos de varios testigos presenciales del hecho; fué alcanzado y detenido por un funcionario público bajo el arco de Colbert; no

vuestro acto?—En manera alguna.—¿Tenéis algún investigador, algún cómplice?—Ninguno.»

Durante este interrogatorio, el príncipe se confesó y recibió los últimos abrazos de su hija legítima y de dos hijas naturales habidas durante su permanencia en Inglaterra; recomendó estas últimas á su esposa, y la duquesa las besó, prometiendo adoptarlas. El herido se fué agravando. Eran las cinco de la mañana y aún no habían comunicado la noticia al rey. Resolvieron avisarle y Luis XVIII no tardó en llegar. El moribundo pareció reanimarse á la vista de su tío: sus primeras palabras, al



Asesinato del duque de Berry. (Grabado de la colección Hennin, Biblioteca Nacional, París.)

opuso la menor resistencia. Conducido al cuerpo de guardia instalado en el vestíbulo de la Opera, fué bruscamente interpelado por el conde de Clermont-Lodève, que le dijo: «Monstruo, ¿quién ha podido inducirte á cometer semejante atentado?—El deseo de librar á Francia de uno de sus más crueles enemigos.—¿Quién te ha pagado para ello?—¡Pagado! ¡A mí no me ha pagado nadie!» Decazes llegó momentos después; el prefecto de Policía, el procurador general, Pasquier, ministro de Negocios extranjeros, y Simeón, subsecretario del ministerio de la Justicia, acompañaban al presidente del consejo. Interrogado acerca de su nombre, profesión y domicilio, el homicida contestó que se llamaba Luis Pedro Louvel, que era natural de Versalles, que tenía treinta y seis años y medio de edad, que era operario en casa del guarnicionero del rey, y que vivía en las cuadras pequeñas de la plaza del Carrousel. «¿Quién os ha inducido al crimen que acabáis de cometer?—¿Qué sentimientos y opiniones son esos?—Mis opiniones son que los Borbones son unos tiranos y los enemigos más crueles de Francia.—¿No os arrepentís de

besar la mano del rey, fueron para pedirle el indulto del *hombre*. Luis XVIII evitó la respuesta; el príncipe volvió á la carga. «Espero que sobreviviréis á este cruel suceso, le dijo el rey; ya hablaremos; la cosa es importante y vale la pena de que se la examine con detenimiento.» En aquel instante el príncipe sintió que iba á desmayarse. «Se acabó,» dijo. Hizo que le volvieran sobre el costado izquierdo; le obedecieron; perdió el conocimiento y expiró. Luis XVIII le cerró los ojos. Eran las seis y media de la mañana.

La noticia cundió rápidamente por todo París; la sensación que produjo se resintió de la irritación de los ánimos; fué muy diversa: la parte tímida de la clase media la recibió con desagradable sorpresa; los adversarios más ardientes de la Restauración y de sus principios no vieron en el suceso más que la muerte de un enemigo; los hombres del partido liberal, previendo la unión de sus adversarios con el Gobierno y una reacción probable contra las leyes obtenidas bajo los dos anteriores ministerios, se mostraban intranquilos y tristes; el dolor de los realistas fué desde luego una especie de consternación que pronto cedió el paso á la furia más

extremada contra los hombres cuyas doctrinas, á su juicio, habían armado la mano del asesino. Esta fué la impresión del primer momento. Luego la atención pública se fijó en la Asamblea, donde se había refugiado, desde hacía cuatro años, la vida política del país. Todo el mundo estaba impaciente por ver la actitud de los dos partidos de oposición y del ministerio en presencia de tan grave suceso.

El presidente, M. Ravez, y los cuatro secretarios entraron en la sala de sesiones con un crespón de luto en la manga; el primero llevaba en la mano un voluminoso pliego sellado con lacre negro. Abrióse la sesión á la una y cuarto, y, después de la lectura del acta, Clausel de Caussergues subió á la tribuna y dijo con visibles muestras de una grande emoción: «Señores, no hay ninguna ley que determine la manera de acusar á los ministros. Pero la naturaleza misma de semejante proposición exige que se haga en sesión pública y á la faz de Francia. Propongo á la Cámara que formule un acta de acusación contra M. Decazes, ministro del Interior, como cómplice del asesinato...»

A estas palabras, violentos gritos salidos del centro de la Cámara interrumpen á M. Clausel; muchas voces reclaman que se le llame al orden; durante un buen rato el orador trata de dominar el tumulto; por fin consigue que se oigan estas palabras: «Que se me permita explicar mi proposición.» Baja entonces de la tribuna. «¡Imprudente!, le dijo M. de Villèle cuando hubo vuelto á su escaño; vuestra proposición está mal redactada; es absurdo querer hacer á Decazes cómplice de Louvel; había que acusarlo en términos vagos de alta traición y de atentado.»

El presidente se había levantado con precipitación, y agitando la campanilla, reclamó silencio y dijo: «Creí, señores, que M. Clausel de Caussergues había pedido la palabra para hablar del acta; no se la podía conceder más que con ese objeto. ¿Se aprueba el acta?» Ningún diputado pidió la palabra y M. Ravez declaró el acta aprobada. Luego añadió, abriendo el pliego que había traído: «Voy á cumplir el triste deber de comunicar á la Cámara la carta que acaba de dirigirme el señor presidente del consejo.» Era la notificación oficial á la Cámara de la muerte del duque de Berry. Cuando el presidente hubo terminado su lectura, el señor de la Bourdonnaie subió á la tribuna y dijo: «No tomo solamente la palabra para pagar un estéril tributo de pésame á la pérdida cruel que acaba de sufrir la familia real, sino que también para presentar á la Cámara más altas consideraciones sobre el origen del mal.» Acusando luego del crimen á «las doctrinas revolucionarias, á los periódicos y á sus predicaciones escandalosas y culpables, que fomentan nuevas revoluciones y provocan los actos más odiosos,» añadió: «Los poderes de la sociedad deben responder á la comunicación del gobierno con medidas fuertes y enérgicas que eviten la repetición de semejantes atentados. Por consiguiente, pido que se redacte un humilde mensaje á Su Majestad para expresar la firme resolución de la Cámara de cooperar con energía á todas las medidas necesarias para reprimir las doctrinas perversas que minan á la vez todos los tronos y todas las autoridades, atacan á la civilización entera y amenazan al mundo con nuevos trastornos.»

El general Foy pidió luego, desde la tribuna, que en el mensaje de pésame al rey no se mezclase nada de política. Dijo que los que más deploraban semejante desgracia eran los amigos de la libertad, pues indudablemente sus adversarios se valdrían de aquel espantoso crimen para procurar suprimir las libertades que el rey dió y quería conservar. Aprobóse la proposición del general Foy y la Cámara se reunió en secciones para nombrar la comisión del mensaje, cuyo trabajo se realizó en sesión secreta.

Aquella sesión, tan vivamente esperada, no duró más que un momento y fué una decepción para el público. Los señores Roy, Portal y Pasquier, únicos ministros que á ella asistían, guardaron silencio. Decazes no había de dar á conocer hasta el día siguiente las medidas que parecían dictarle las necesidades del momento.

A la mañana siguiente, cuando Luis XVIII, de vuelta á las Tullerías, se encontró al fin á solas con Decazes, uno y otro echaron á llorar. «Hijo mío, decía el rey á su primer ministro, los *ultra* nos preparan sin duda una guerra terrible; procurarán explotar mi dolor; no atacarán vuestro sistema, sino el mío, pues me tienen tanta tirria como á vos.» Decazes contestó á su señor que semejante guerra sería tanto más injusta, cuanto que, dispuesto á todos los sacrificios útiles al servicio del rey, estaba resuelto á abandonar el ministerio, por más que sintiese que su dimisión fuese relacionada con tan funesto suceso. «¡No, no!, exclamó el soberano, alarmado á la sola idea de aquella retirada; no os iréis. Exijo que continuéis en vuestro puesto. ¡No nos separarán!» Cambiando de conversación, Decazes anunció al rey la intención de convocar aquel mismo día la Cámara de los pares como Tribunal de justicia, presentar inmediatamente á la Cámara de diputados la nueva ley electoral, y pedir al mismo tiempo á ambos cuerpos colegisladores la suspensión de la libertad de imprenta y de los derechos individuales. El proyecto de ley electoral estaba redactado; los otros dos fueron en seguida preparados y sometidos. aquella misma tarde, á un consejo de gabinete, al que asistieron, además de los ministros, los señores de Fontanes, Lally-Tollendal, Brézé, Garnier, Portalis y Mounier. Cuando estos personajes estuvieron reunidos en el real gabinete, Luis XVIII, á quien Decazes acababa de enterar de la proposición de Clausel, no pudo contenerse: «Señores, dijo á los miembros de la reunión, los realistas me dan el golpe de gracia. Saben que el sistema del Sr. Decazes es el mío, ¡y le acusan de haber asesinado á mi sobrino! No es la primera calumnia de esa especie que lanzan contra mí. Señores, quiero salvar á nuestro país sin los *ultra*, si es posible. Busquemos una mayoría fuera de los señores Clausel y de La Bourdonnaie.» Leyéronse los tres proyectos; el consejo convino definitivamente en su redacción y se acordó presentarlos al día siguiente.

La sesión de la Cámara de los diputados no se abrió hasta las tres de la tarde el día 15 de febrero. La lectura del acta fué escuchada en medio de un silencio que presagiaba algún acontecimiento inesperado. Después de una acalorada discusión sobre la manera como se consignaba en el acta la proposición del Sr. Clausel de Caussergues, éste presentó á la Mesa otra proposición que decía: «Tengo el honor de proponer á la Cámara que formule una acusación contra el Sr. Decazes, mi-

nistro del Interior, como culpable de traición, de conformidad con el artículo 56 de la Carta.»

Saint-Aulaire, suegro de Decazes, subió á la tribuna. «Los resentimientos políticos, dijo, se han convertido en furores; las recriminaciones toman el carácter de venganzas; en todas partes parece estallar una guerra de todos contra todos.» Encarándose luego con el señor Clausel, concluyó por decirle: «¡Sois un calumniador!»

Muchos diputados ministeriales pidieron que se declarase terminado el incidente; así se hizo, en efecto, y la Cámara aprobó el acta sin la menor enmienda. Los diputados del centro y los realistas eran los únicos que habían intervenido en el debate; los de la izquierda habían asistido á él como simples espectadores. Indiferentes á esas discusiones de personas, los liberales sólo se preocupaban de las medidas de excepción que los ministros, según se decía, habían de presentar en el curso de aquella misma sesión. Momentos antes de las cinco, entraron los Sres. Decazes, Pasquier, Portal, Roy y Latour-Maubourg. Decazes subió á la tribuna. Parecía muy abatido; su voz era débil y vacilante; apenas se le oía; se detenía á cada frase; al fin pudo acabar la lectura de un proyecto de ley electoral que contenía, en resumen, las disposiciones siguientes:

El número de diputados, de 257 era elevado á 430; de éstos, 258 habían de ser elegidos por colegios de distrito, y los demás 172 por colegios de departamento. Cada colegio de distrito, compuesto de ciudadanos de treinta años cumplidos y que pagasen al menos 300 francos de contribución, domiciliados en la circunscripción electoral, elegía, además de los diputados que le correspondía elegir, un número de electores tomados de la lista de elegibles del departamento, y cuya reunión formaba el colegio departamental; el número de estos electores elegidos, que no podía ser menor de 100 ni exceder de 600, era señalado para cada departamento en cuadros anejos á la ley. La mitad de los impuestos que constituían la base del censo electoral habían de consistir en contribuciones territoriales. Cada elector firmaba su papeleta. El sistema de series era conservado en la nueva ley.

Pasquier subió á la tribuna después de Decazes y leyó á su vez un proyecto de ley «destinado, decía él, á poner coto á aquella plaga universal que amenazaba subvertir completamente la religión y la moral, la monarquía y la libertad, todo el orden público y todas las combinaciones sociales.» Este proyecto establecía en substancia que todo individuo acusado de complot ó de maquinación contra la persona del rey, la seguridad del Estado y las personas de la familia real, podía, sin necesidad de procesamiento judicial, ser detenido y encarcelado en virtud de una orden firmada por tres ministros.

Durante esta comunicación, Decazes fué al Luxemburgo y sometió á la Cámara de los pares un tercer proyecto de ley *sobre la libre circulación de los periódicos*; circulación que, según la proyectada ley, quedaba suspendida. En adelante, no podía publicarse ningún periódico sin autorización del rey, y el editor que hubiese obtenido esta autorización no podía publicar ninguna hoja impresa sin haber sometido el texto á un examen previo.

Estos tres proyectos de ley destruían la mayor parte

del trabajo político de los cuatro años transcurridos desde el real decreto de 5 de septiembre, abriendo un abismo entre los liberales y Decazes. Este ministro esperaba reconciliarse así con los realistas; pero se engañaba; su crimen estaba sobre todo en su omnipotencia, á los ojos de los amigos del conde de Artois; sólo su caída podía desarmarlos. «Aunque el atentado del 13 no haya ocasionado en el acto la caída del favorito, escribían los jefes políticos de la Congregación á sus correligionarios de los departamentos, no temáis; le *arrancaremos* de ese puesto, si no *consienten* en expulsarlo; mientras tanto, organizaos; no os faltarán consejos, órdenes ni dinero.»

La acusación de complicidad lanzada por Clausel contra Decazes, era menos el resultado de un arrebato personal que el eco de las imprecaciones y amenazas que se oían en todos los salones realistas, y sobre todo en las Tullerías, entre los guardias de corps y los oficiales de la guardia real. Decían que Decazes había vendido la legitimidad y la monarquía á la Revolución; que la sangre del duque de Berry acababa de cimentar su alianza con los liberales; que, encargado de la policía general del reino, como ministro del Interior, había dejado entera libertad al asesino; y que el príncipe había sido víctima de su aversión al hombre cuya política era tan funesta para la vida y el honor de su familia.

Aquellos rumores llegaban á oídos de Decazes, quien, resuelto á afrontar la tormenta, dejaba discutir la posibilidad de una inteligencia con los liberales. Los diputados de este partido hubieran consentido en sostenerlo, y hasta en concederle por algunos meses la suspensión de la libertad de imprenta y de las garantías individuales, con la condición de no tocar á la ley electoral. Esta alianza hubiera dado al primer ministro una mayoría considerable en ambas Cámaras, y él dió á entender que los amigos del conde de Artois le pondrían en el caso de recurrir á ella. Ante tal amenaza, los periódicos realistas arremetieron con más furia que nunca contra Decazes.

El 18 de febrero, una diligencia practicada cerca de Luis XVIII por los principales miembros de su familia decidió la caída del omnipotente ministro.

El conde de Artois no estuvo visible para nadie el día siguiente al asesinato de su hijo. Sin embargo, á ruegos del Sr. de Maillé, gentilhomme de servicio, el conde consintió en recibir la visita del Sr. de Vitrolles, á las ocho de la noche. Después de una escena patética, en que el príncipe dió expansión á su dolor, el jefe realista le dijo: «Vuestra situación es tanto más desgraciada, cuanto que no podéis abandonaros enteramente á vuestras lágrimas y que vuestros intereses exigen que por un momento deis tregua á vuestra pena; no podéis continuar viviendo en las Tullerías, donde os halláis bajo la omnipotencia del Sr. Decazes; debéis salir de esa posición desairada y retiraros al Elíseo. Allí, al menos, cesaréis de rozar con un insolente favorito que os humilla; podréis abrir vuestra casa, ver á todos los amigos, vivir más en público.» El conde de Artois escuchaba algo distraído, sin contestar. «No he tocado, continuó diciendo el Sr. de Vitrolles, el punto más delicado y más difícil. Ayer, antes de la catástrofe, supe por el general Montéligier (ayudante del duque de

Berry) que la duquesa estaba encinta; pero puede ser que dé á luz otra niña; y, en tal caso, ¿qué va á ser de la monarquía? Los Orleáns asustan á los realistas; la rama de España puede hacer valer sus derechos; debierais casaros otra vez, señor.» Al oír esto, el príncipe experimentó una especie de sacudida. «¡Cómo!, exclamó; ¿es posible que en tales momentos oséis hablarme de boda?—Mucho lo siento, contestó Vitrolles; pero vuestra situación es tal, que en vos el padre debe ceder el puesto al hombre político, pues pertenecéis á Francia y á la monarquía antes que á vuestro dolor.» Y añadió que, á su juicio, la mujer que más le convenía era la princesa de Lucques (antigua reina de Etruria); que esta princesa, hija de Carlos IV de España y casada en primeras nupcias con un príncipe de raza borbónica, tenía un hijo de veinte años que harían venir á Francia, y que, nombrado desde luego coronel de un regimiento de la guardia, é investido después de mandos más importantes, sería para los realistas un pretendiente de la sangre de Luis XIV, por medio del cual tendrían en jaque á los de Orleáns, y cuya elevación al trono se llevaría á efecto, en caso de necesidad, por medio de una *simple cuestión de guardia real*.

El conde de Artois había concluido por escuchar atentamente aquellas explicaciones. Y es que el curso de sus ideas había cambiado por completo. Hizo á su interlocutor varias preguntas sobre la edad, las condiciones físicas y las costumbres de la princesa. María Luisa de Borbón, hermana de Fernando VII, tenía entonces treinta y ocho años. A las once aún duraba la conversación del conde de Artois con el Sr. de Vitrolles sobre el particular. Al despedirse del príncipe, Vitrolles le pidió una carta para el duque de Bellune, mayor general de servicio de la guardia real, por lo que pudiera ocurrir. «No hace falta que yo escriba; podéis serviros de mi nombre, si tenéis algo que decirle,» contestó el conde de Artois sin otra explicación. Vitrolles no se atrevió á insistir. Al día siguiente, visitó á la duquesa de Angulema y le dijo que había aconsejado á su suegro que se casase. Lejos de tomarlo á mal, como era de temer, la duquesa le contestó que aprobaba de antemano todas las disposiciones que pudiese tomar el padre de su esposo, en interés de la monarquía. Los cortesanos de la intimidad del conde de Artois supieron de boca de éste, aquel mismo día, su conversación con el Sr. de Vitrolles. El proyecto matrimonial, que la caída de Decazes y luego el nacimiento del duque de Burdeos habían de hacer abandonar muy pronto, mereció la aprobación de todos los amigos del príncipe, y Chateaubriand se encargó de preparar al público realista para aquel acontecimiento, en un artículo firmado por él y que publicaron los dos órganos más autorizados del partido, *El Conservador* y *El Diario de los Debates*.

Mientras tanto, la continuación de Decazes en el poder, su presencia continua en las Tullerías, y dos visitas hechas por él al conde de Artois, aumentaban la irritación contra este ministro. Los cortesanos consideraron sus visitas al padre del duque de Berry como el colmo del insulto y de la perfidia. En la mañana del día 18, cuatro días después de la muerte del sobrino del rey, el Sr. de Vitrolles recibió la visita de varios coroneles de la guardia real. «Eso no puede continuar así, le dijeron; el reinado del Sr. Decazes no puede

prolongarse por más tiempo; hay que acabar con él. Esperamos órdenes del Señor (el conde de Artois).» Ya no le quedaba duda á Vitrolles de que la mina estaba á punto de saltar; quiso evitarlo y aconsejó al príncipe que procurase obtener la caída del favorito por medio de una solemne manifestación de familia. El conde decidió seguir este consejo. Momentos después, el duque y la duquesa de Angulema se presentaron juntamente con el conde de Artois ante Luis XVIII, que les recibió de mal humor. La duquesa tomó la palabra.

—Señor, dijo á su tío, estamos abocados á una nueva revolución. Conjurad la tormenta antes de que sea demasiado tarde. Vuestro trono necesita todos sus sostenes, todos sus amigos; el Sr. Decazes ha inferido á los realistas heridas demasiado profundas para poder arrimarse á ellos; que cese de formar parte de vuestro consejo, y todos se unirán para ayudar á vuestro gobierno.

—El conde Decazes, contestó el rey reprimiendo su mal humor, ha defendido mi autoridad contra unos hombres que si bien prestaron verdaderos servicios á la monarquía, se rebelaban contra las leyes, coligándose abiertamente con un partido obstinado en hacerme marchar por una senda que yo repruebo. Era el deber de un ministro fiel. Nada hizo, nada propuso que no estuviese conforme con mis sentimientos, con mis principios y con mis órdenes. Que en las cámaras separen de mi voluntad la de mis ministros, se comprende; pero en mi familia ¿puede hacerse con sinceridad y sin ofenderme?

El conde de Artois intervino diciendo:

—Señor, me es imposible permanecer en las Tullerías si el Sr. Decazes, públicamente acusado por el señor Clausel de Coussergues de complicidad en la muerte de mi hijo, sigue frecuentando el palacio como ministro; permítame Vuestra Majestad que me retire al Eliseo.

Luis XVIII no pudo contenerse por más tiempo. «¡Cómo!, exclamó haciendo explosión. ¿Queréis que castigue á un hombre que me es tan adicto, precisamente cuando es perseguido por una calumnia tan extravagante como atroz? Los mismos diputados que le combaten han rechazado esa calumnia con horror; ¡y yo, yo solo parecería creer en ella, cuando, por el contrario, subleva todas las facultades de mi alma! Sabed que no conocí jamás un hombre de corazón más franco, ni dotado de una sensibilidad más activa y más verdadera que el conde Decazes. Estoy convencido de que hubiese dado su vida por la de mi sobrino, como la daría por mí. Respeto la enajenación de vuestro dolor; no es menos desgarrador el mío, pero no me hará ser injusto.»

El rey pronunció estas últimas palabras con acento irritado, encendido el rostro. Su hermano y sus sobrinos tentaron un último esfuerzo; los tres se inclinaron como para postrarse á sus pies. «Señor, le dijo la duquesa de Angulema con una voz que la emoción despojaba de su habitual rudeza; vuestra familia ha sido muy perseguida por la desgracia; al menos que la unión la consuele; no le neguéis este favor.—Se lo pido al rey como un sacrificio á los manes de mi hijo,» añadió el conde de Artois. Luis XVIII acababa de emplear toda su energía, y su voluntad y sus fuerzas se hallaban agotadas; ya no

pudo resistir. «Puesto que así lo queréis, les dijo, procuraré satisfaceros.»

Enterado de aquel paso de la familia, Decazes se apresuró á ir á ver al rey. Comprendiendo, por la agitación y el trastorno del monarca, que difícilmente podría éste sostener más larga lucha, hizo resaltar la imposibilidad en que se encontraba de dirigir al gobierno por la senda trazada por el rey desde el real decreto de 5 de septiembre, y habló de la necesidad de su retirada del poder. El aparente abandono con que Decazes se prestaba al sacrificio aumentó la emoción de Luis XVIII, quien contestó que el día que se separase de un ministro tan digno de su afecto, sería el más doloroso de su vida. «¡Ay!, la guerra no es contra vos, sino contra mí!» añadió el monarca, pensando que, entregado por el abandono y la enfermedad al poder de su hermano y de sus amigos políticos, iba pronto á verse despojado de aquel simulacro de iniciativa y de efectiva influencia que le proporcionaba con tanto arte el ministro de que iba á separarse. Volviendo luego á la realidad de su situación, continuó: «A mi juicio, el único que puede reemplazaros es Richelieu. Id á verle y decidle que le aguardo; procurad convencerle de la necesidad del nuevo sacrificio que le pido. En cuanto á vos, me encargo de probar á esa gente que no habéis perdido mi confianza.»

Al serle transmitida la proposición de Luis XVIII, Richelieu experimentó gran sorpresa y declaró que no podía aceptar. Durante dos días resistió á las gestiones de los señores Lainé, Rayneval y Monnier. Rindióse por fin, pero con la condición de que el conde de Artois le aseguraría el concurso leal y absoluto del partido realista. El nuevo ministro tuvo una entrevista con el príncipe en el gabinete de Luis XVIII. El hermano del rey dió su palabra de caballero de que él y su partido apoyarían al nuevo ministerio. El conde de Artois hablaba sin duda con sinceridad al hacer aquella promesa; pero tanto el príncipe como el Sr. de Richelieu se engañaban respecto al valor real de semejante compromiso. Los jefes de partido, en vez de dirigir, son casi siempre dirigidos, y no se mantienen en su puesto sino con la condición de ceder al impulso de sus secuaces. A pesar de la palabra de caballero empeñada por el conde de Artois, el sucesor de Decazes, al querer resistir al movimiento retrógrado á que le arrastraban sus nuevos aliados políticos, había de ser derribado por el hermano del rey y por su partido.

Richelieu no se encargó de su antigua cartera de Negocios extranjeros, que dejó á Pasquier, con la intención de dirigirla, y se contentó con el cargo de presidente del consejo. El conde Simeón, ex consejero de Estado del Imperio y subsecretario entonces de la Justicia, fué nombrado ministro del Interior, pero se le impuso, para la dirección del personal administrativo del reino, el barón Capelle, personaje muy adicto al partido ultrarrealista, y para la dirección general de la policía, el barón Monnier, hombre de íntima confianza del nuevo presidente del consejo. La subsecretaría de la Justicia fué dada al Sr. Portalis. Estas combinaciones, terminadas el 20 de febrero y publicadas en el *Monitor* del 21, consagraban la inevitable caída de Decazes. Este se retiró, colmado de favores por el rey; no solamente se le dió la embajada de Londres, con un sueldo fijo

de 300.000 francos y considerables gratificaciones secretas, sino que además Luis XVIII le entregó, desde luego, dos cartas autógrafas en las cuales, describiéndole la pena que le causaba su separación, se mostraba indignado contra las calumnias que le perseguían respecto á la muerte del duque de Berry; y después la credencial del título de duque, escrito también de su puño y letra. Estas pruebas de una amistad excepcional no eran bastantes á dar sino una idea imperfecta de la amarga pena que aquel sacrificio causaba al monarca. Poco tiempo después recibió en audiencia particular á una dama, de cuya influencia hablaremos más adelante. Dirigida por los consejos del padre Liautard y por uno de los miembros más activos de la Congregación, Sosthènes de la Rochefoucauld; llamada á reemplazar á Decazes en el afecto de Luis XVIII y á hacer que este monarca se olvidase de él tan completamente como se había olvidado del Sr. de Blacas, esta dama había sido ayudada por el mismo Decazes en sus primeras relaciones con el rey. Mujer de un par de Francia, de quien vivía separada desde hacía mucho tiempo, y que, acusándola de graves hechos, quería quitarle la custodia de sus hijos, iba á implorar contra los derechos de su marido la protección personal del soberano. Al describirle la pena que le causaría la separación de sus hijos, Luis XVIII empezó á sollozar y exclamó, agitando de pronto sus manos: «¡También á mí me han quitado un hijo! ¡No han tenido piedad; me lo han arrebatado!» La dama quedó muda de sorpresa. Algunas palabras añadidas por el rey no tardaron en hacerle comprender que el hijo tan amargamente llorado era Decazes.

La fuerza de éste consistía sobre todo en el favor del rey. Desprovisto de convicción política, en el alto sentido de la palabra, puede decirse que no conocía más ley que su interés ó su fortuna. Por una contradicción propia de los hombres que ejercen el gobierno más por ambición del poder que por el deseo de servir á un partido ó á un príncipe, este ministro, después de haber empujado á la Restauración por la vía del progreso político, acababa de dar la señal de la reacción. Sin embargo, sus errores y sus faltas no deben hacer olvidar sus servicios: su lucha contra el partido realista y su ascendiente absoluto sobre el monarca fueron provechosos para los intereses generales del país; merced á aquella lucha y á aquel ascendiente se obtuvieron el real decreto de 5 de septiembre, los levantamientos de destierro, los indultos y reparaciones individuales, la ley electoral de 5 de febrero, las leyes sobre el reclutamiento militar y sobre la libertad de imprenta. El real decreto de 5 de septiembre fué el acto más saliente de su carrera política; él solo bastaría para asegurarle la gratitud pública y proteger su nombre contra el recuerdo de su paso por la prefectura y por el ministerio de Policía en 1815 y 1816.

La caída calmó momentáneamente á los realistas, cuyo comité envió una circular á sus correligionarios de provincias, recomendándoles que se guardasen muy bien de hostilizar al Gobierno y que redactasen mensajes á las Cámaras manifestando *enérgicamente* la necesidad de *vengar* el último atentado y *aniquilar* las doctrinas liberales.

El nuevo ministerio iba, efectivamente, á hacer todo lo posible para justificar las esperanzas de los congre-